

## CARTA XIII.

## EL FILÓSOFO A TEODORO.

**T**EODORO mio: apenas llegó el padre al otro día, cuando me preguntó si había hecho nuevo resumen de la conferencia precedente, y yo le leí el que había formado, que decía así:

El padre me ha dicho en su discurso de ayer que las humillaciones y la muerte de Jesucristo eran la prueba mas clara de que era el Mesías tan prometido y tan esperado, porque estas circunstancias estaban positivamente profetizadas.

Después de haberlo probado con las profecías de Isaías, de Daniel, de David y de otros, ha añadido que todo el Testamento Antiguo, y todas las ceremonias, ritos y sacrificios de la ley de Moises, no eran otra cosa que un cuadro, en que estaban dibujados de antemano los misterios del Mesías.

Que en los libros del Antiguo Testamento se predicen la obstinacion de los judíos y la conversion de los gentiles, y que esta sustitucion tan cierta después, como entónces inverosímil é im-

posible de prever, es otra prueba de que el Espíritu divino los ha dictado.

Que la verdad de cuanto contienen los libros del Testamento Nuevo, sin considerar la divinidad de su origen, y siguiendo solo las reglas de la fe humana, no puede revocarse en duda.

Que ninguna otra historia ha sido escrita por tantos autores contemporáneos y de tanta calidad; pues siendo ocho, todos fueron testigos oculares, y la mayor parte instrumentos de los hechos.

Que la fe que la tradicion ha conservado á estos libros, es tan pública y segura, que jamas los enemigos de la religion se han atrevido á negarla; porque los escritores de los tiempos apostólicos citan á cada paso textos sacados de aquellos libros.

Que la misma tradicion confirma su integridad y la imposibilidad de toda alteracion, porque jamas ha podido señalarse ninguna; porque no se descubre quien tuviese interes en hacerla, y es claro que muchos le tenian en no sufrirla, y que si se hubiera podido hacer alguna, los enemigos de la religion al instante lo hubieran advertido, y aun echado en cara.

Que los autores del Nuevo Testamento estaban instruidos de los hechos que refieren, y que eran verdaderos; por consiguiente que no pudieron engañarse ni engañar.

Que si solo estos principios bastarian para es-

tablecer su autoridad, ¿cuánto debe ser mayor cuando se prueba que estos libros son divinos, porque sus autores fueron inspirados!

Que los milagros de Jesucristo prueban la divinidad de estos libros, así como prueban que él era el Mesías prometido, y que era Dios como su Padre lo es.

Que también la prueban los milagros que hacían los mismos autores; pero que sobre todo la prueban la Resurrección, la Ascención y la venida del Espíritu Santo, porque todos estos hechos están probados por otros innumerables testigos todos oculares, íntegros y puros, que confirmaron estas verdades con el sacrificio de su vida, sin que ninguno jamás se retractase.

El padre escuchó mi corto extracto con agrado, y después de haberme dicho que era exacto, continuó así:

Repárese, señor, que en lo dicho había lo bastante, para quien busca la verdad de buena fe, y con sincero deseo de encontrarla; pero nuestra santa religión abunda en pruebas, y desde luego os pido que observeis como la divina Providencia se ha dignado de multiplicar las luces, vertiéndolas á manos llenas y de manera diferente, para alumbrar toda especie de espíritus, y para que ninguno pueda disculparse, si cierra voluntariamente los ojos para no ver su claridad. Observad que tanto como ha cubierto de tinieblas los mis-

terios para dejar todo el mérito á la fe, tanto ha manifestado que es Dios el que nos manda creerlos, para que nuestra obediencia se someta.

Ayer dejamos ya á Jesucristo sentado á la diestra de su Padre, después de haber probado al mundo por las profecías verificadas en su persona, por sus milagros, en especial los de su Resurrección y Ascención, que Dios había cumplido su promesa enviando al Mesías, y que este Mesías era el mismo Dios. Ahora vamos á ver que el mismo Jesucristo estando ya en el cielo, ha probado de nuevo esta verdad con lo que se ha dignado de hacer posteriormente.

Desde que Jesucristo dejó al mundo, empezó á formarse su Iglesia. Sus apóstoles empezaron á congregar los fieles, y componer con ellos diferentes sociedades ó iglesias particulares. Y Jesucristo derramó en ellos con tanta abundancia sus dones milagrosos, que los continuos milagros que se hacían en ellas, multiplicaban cada día el número de los fieles; pues probaban igualmente la asistencia del Espíritu Santo, el poder de Jesucristo, y la verdad de la religión que había fundado. San Pablo habla de la efusión de estos dones como de una cosa pública que todos veían. No lo refiere para instruir á los que no lo saben, ni para persuadir á los que dudan; lo supone como una cosa sabida, y que todos conocían.

Lo que escribe sobre este asunto á los corintios

¿y á los gálatas, fuera insensato, si ninguno de ellos hiciera milagros; si ninguno sanara los enfermos invocando el nombre de Jesucristo; si ninguno tuviera el don de profecía, ni hablara las lenguas extranjeras. San Pablo les escribe suponiendo todo esto, y no solo les escribe, sino que los increpa sobre el abuso que hacen. Seria, pues, menester pensar que San Pablo queria persuadirles que ejecutaban los prodigios que no ejecutaban. Y si esto era así, ¿cómo se atreve á tratarlos de hombres ciegos y carnales, que despues de haber creído en Jesucristo, y haber recibido del Espíritu Santo el poder de hacer milagros, buscan la gracia estéril de vanas observancias?

Es, pues, evidente que entónces aquellos dones eran no solo públicos y verdaderos, sino tan multiplicados, que los apóstoles creyeron conveniente interponer su autoridad para reglar su uso, y darles un orden. Y si estos dones existieron, ¿á quién se pueden atribuir sino á Jesucristo que los habia prometido? ¿A Jesucristo que dijo (1), que se le habia dado todo poder en la tierra y en el cielo? ¿Y qué se debe inferir de todo sino que la Iglesia cristiana es obra suya?

Las profecías y los milagros bastarian para demostrar la divinidad de la religion cristiana; pero no nos detengamos en esto, y vamos mas arriba.

(1) Matth. xxviii. 18.

Contemplemos el plan mismo de la religion que concibió Jesucristo. Examinemos la naturaleza de los medios de que se sirvió para establecerla y propagarla; la luz sobrenatural con que predijo los sucesos, y la exactitud y precision con que se verificaron, y veréis que todo es necesariamente divino en esta empresa única é inaudita.

Volved los ojos á ese Hijo de Dios, y contempladle en aquel momento en que salió de aquel retiro en que habia pasado la mayor parte de su vida obscura, para empezar su augusto ministerio. ¿Cuál era su designio? El mayor que era posible imaginar: nada ménos que el de instruir y de reformar al universo.

El pueblo de Israel era el primér objeto de su mision; y Jesucristo emprende persuadirle que sus sacrificios, sus ofrendas y demas ceremonias legales en que tiene tanta confianza, no son mas que sombras vanas, ceremonias ineficaces. Intenta someterle á un culto mas interior y espiritual, pretende apartarle del amor de los bienes temporales, elevarle á esperanzas mas altas, mostrarle una justicia superior á la que conocia, y de que vivia tan satisfecho; y en fin, convencerle de que la que puede ejercer íteramente por la ley, no es mas que un vano orgullo tan condenable como los vicios de las demas naciones.

En el mismo plan concibe Jesucristo la idea de extender estos mismos principios y doctrina á las

naciones en quienes la razon estaba obscurecida por los errores de la idolatría, y estas son las que cubren toda la extension de la tierra. Su designio es despertarlas del largo y mortífero letargo en que yacen; sacarlas de las espesas tinieblas en que estan sumergidas; echar por tierra los templos del demonio; destrozor sus ídolos; probar á los filósofos que su ciencia es locura; uncir con el yugo de la fe á los príncipes idólatras; mudar hombres de carne y sangre, groseros y sensuales en hombres espirituales, castos, desinteresados y fieles; reunir todos los pueblos de la tierra en un solo culto, y hacer recibir una ley sola que fuese comun á los gentiles y los judíos, aunque contraria á las ideas y pasiones de los unos y los otros.

A estos designios ya tan asombrosos, añade otros que parecen mas elevados y sublimes; pues viene á enseñar tanto á los que viven sin ley, como á los que viven bajo de la ley, que todos nacen pecadores, malditos y enemigos de Dios: que entre ellos y la gracia divina hay un espacio inmenso: que sus esfuerzos para salir de aquel abismo son insuficientes, y casi no harán mas que aumentar sus males, porque añadirán la presuncion que los hará incurables: que todos necesitan de un mediador que los reconcilie con Dios: que este mediador es él mismo. Quiere que le reconozcan por tal, que no esperen mas que de su intercesion la

vida eterna; y que sus obras nada aprovecharian sin el valor de sus méritos.

Este es el plan que concibió Jesucristo, plan que vino á ejecutar, que tuvo siempre á la vista, y que comunicó desde luego en toda su extension. ¿Quién no ve que era menester una inteligencia infinita para concebir un designio tan vasto? ¿Que solo era capaz de ejecutarle el que dispone de los sucesos á su arbitrio, el que está seguro de no hallar obstáculos ó de poder vencerlos; en fin, el que puede reformar cuando quiere las obras de sus manos, y restituirlas su primitiva perfeccion?

Pero lo que debe aumentar nuestra admiracion es considerar que para ejecutar este plan tan inmenso, no quiso valerse de los medios que el entendimiento humano podia creer proporcionados, y que pudieran obscurecer su gloria. Por eso dejando á un lado los grandes y los sabios de la nacion; escoge para instrumentos de su triunfo hombres pobres y obscuros, sin talento ni ciencia, sin bienes ni poder. Estos son los instrumentos con que ha confundido y subyugado á los sabios y poderosos de las naciones. Estos son los héroes que han conquistado el mundo, y que han ocupado los primeros empleos de su nuevo imperio.

¿Y qué es lo que les promete Jesucristo para inspirarles el celo y la constancia de que tanto necesitan para ejecutar una empresa tan ardua? Sin duda que para exponerse á tantos riesgos, es me-

menester que los halague con poderosos atractivos. Jesucristo no ignoraba la flaqueza del corazón humano, conocía los resortes que le mueven, y las inclinaciones que le determinan. Sabía que todo lo invisible estimula poco, que una recompensa futura parece muy distante, y es difícil compararla con la pérdida de los bienes presentes. ¿Sostendrá acaso el valor de sus discípulos con la esperanza de grandes ventajas que puedan animarlos?

Pero lo que les presenta es un destino parecido al suyo. Desde luego les anuncia que serán como él perseguidos, aborrecidos, injuriados y tenidos por dignos de serlo, tanto que se creará que es hacer un obsequio á Dios el condenarlos á la muerte. Si estas fueron las esperanzas que les dió; si estos fueron los estímulos con que supo animarlos, y si en efecto los apóstoles no se desalentaron sabiendo que la infamia, los tormentos y la muerte era lo único que podían esperar de sus trabajos en el mundo, es menester inferir que Jesucristo era dueño de los corazones, y que podía moverlos á su gusto; pues ciertamente no tomó los medios que la prudencia hubiera aconsejado, y prefirió los que ántes del suceso debían parecer mas bien obstáculos que medios.

Así todo era divino en la obra de Jesús, todo era superior á las ideas de la prudencia humana. ¿Quién podía prever, cómo podían los apóstoles

imaginar que la muerte de su Maestro, que parecía deber arruinar todas sus esperanzas y abortar todos sus designios, fuese el medio necesario de lograrlos? ¿Que de las humillaciones, que debían acompañar esta muerte dependiese la fecundidad de su ministerio? Era imposible adivinar esto.

Es verdad que Jesucristo se lo había predicho, y esto prueba su prevision y omnipotencia. Se me prepara, les dijo, una muerte cruel y afrentosa; pero por ella he resuelto vencer al mundo, y al que despues de tanto tiempo se hace adorar en él. Yo me atraeré todos los pueblos de la tierra que se hincarán de rodillas delante de mi cruz, y haré de ella un altar de expiacion, un trono de misericordia: solo el judío se mantendrá endurecido, incrédulo y rebelde (1); los gentiles vendrán de todas partes á sentarse con Abraham, Isaac y Jacob, cuya fe imitarán. Los hijos del reino, esto es, los judíos, serán arrojados vergonzosamente y condenados á lágrimas eternas.

Esta profecía es muy clara, muy positiva; pero entonces debia parecer extraordinaria é incomprendible, y fuera de todos los términos de la posibilidad. Solo su literal cumplimiento ha podido hacerla verosímil; porque si no creían los judíos, que eran testigos de todos los milagros del Mesías, y que respetaban á los profetas que le ha-

(1) Matth. vii. 11. 12.

bian anunciado, ¿cómo se podia esperar que los infieles, que no conocian ni los profetas ni el Mesías, creyesen en él sin oír ninguno de sus discursos, ni ver el menor de sus milagros?

La prediccion que hizo Jesucristo de la desgracia de Jerusalem, no fué ménos clara ni ménos contraria á todas las verosimilitudes. Los romanos estaban entónces en el mas alto grado de poder. Ya estaba subyugado quanto habia querido resistirles. Los judíos, como otros muchos pueblos, se habian sujetado al yugo, y estaban tan acostumbrados, que nada indicaba en ellos ni la voluntad ni el poder de recobrar su independencia. A pesar de apariencias tan contrarias, Jesucristo predice que Jerusalem se rebelará (1), que se obstinará, que llegará á los términos mas estrechos, y que esta ciudad tan floreciente entónces, será arruinada de manera que no quedará piedra sobre piedra ni en sus fortalezas, ni en su templo ni en sus edificios.

Añade que perecerá por un asedio, que será sostenido con furor; que la circundarán con trincheras; que se verá tan estrechamente cerrada, que no le quedará salida alguna para que se salve parte alguna de sus habitantes; que será tomada por asalto, y que al fin padecerá todo lo que la podrán hacer sufrir sus enemigos, irritados de su larga resistencia.

(1) Luc. XIX. 43. 44.

Jesucristo predijo tambien que algunos de los que le escuchaban, y le veian derramar lágrimas sobre la ingrata Jerusalem, serian testigos de estas desgracias espantosas: y lo que es mas digno de ser observado es, que no las anuncia como simples sucesos futuros, sino como un castigo con que la amenaza, y que se ejecutará por sus órdenes.

Jerusalen oyó entonces sin sobresalto estas amenazas formidables. Los ejércitos que debian reducirla á ceniza, la parecian léjos, ó los creia imaginarios; no se persuadió que estuviesen tan prontos para obedecer á Jesucristo. Pero esto mismo acredita mas su prediccion de sobrenatural; y pues los sucesos la verificaron en todas sus circunstancias, es claro que el que la hacia era el Hijo de Dios, el soberano del cielo, cuya severidad experimentaban los judíos, porque despreciaron su clemencia.

Tal es el carácter de todas las profecías de Jesucristo; primero la inverosimilitud, luego la claridad y la precision. Sus discípulos eran hombres débiles, incapaces de toda empresa que necesitase de valor, y con todo les promete que los trasformará en hombres esforzados; que nada podrá intimidarlos ni abatirlos, y que ni los tormentos ni la muerte los podrán acobardar. No les disimula nada de lo que debian padecer; pero al mismo tiempo les asegura que lo sufrirán con ánimo constante: les promete una victo-



*Profecía de Jesu Christo en la desolacion de Jerusalem.*

ria parecida á la suya y el triunfo del Evangelio: les asegura que sus progresos se extenderán desde la Judea á las provincias comarcanas, y hasta las regiones mas remotas: les advierte que no se ocupen acerca de lo que han de responder á los magistrados y los reyes, porque les inspirará lo que deben decir, y que no serán mas que los órganos de su Espíritu que les dictará las respuestas.

Estas fueron las promesas; veamos cómo se cumplieron. Apenas empiezan los apóstoles á predicar el Evangelio, cuando su luz se propaga con una celeridad incomprendible. Pasa de Jerusalem á toda la Judea y la Samaria. Se irrita la sinagoga: imagina que enviando dispersos á los discípulos de Jesucristo logrará apagar este súbito incendio; pero con aquel medio no consigue mas que hacer volar mas léjos las centellas. Los apóstoles se dividen en los diferentes pueblos que deben convertir, y ántes que terminen su carrera la fe ya está anunciada en todo el mundo. La voz de sus predicadores ha resonado en las extremidades de la tierra.

Lo mismo sucedió con las desgracias que predijo á la ingrata Jerusalem. La ciega y obstinada nacion judía vió muy presto sus terribles efectos. Los romanos vienen con armas, arrasan hasta los cimientos de la ciudad, y arruinan, incendian y destruyen el templo que era toda su glo-

ria. En vano Tito, general de las tropas, y su emperador hace los últimos esfuerzos para salvar este edificio augusto; un órden superior le habia condenado á su infeliz destino. Era menester que su estrago hiciese creer al mundo que no hay vida ni salud sino en Jesucristo; que irrita á Dios el que ofende á su Cristo; que su omnipotente mano venga sus injurias, y que los endurecidos y rebeldes serán víctima eterna de su cólera inexorable.

El judío ántes hijo, pero ingrato y obstinado, se halla en un momento degradado, desheredado, y arrojado de la casa paterna. Pierde sus privilegios, sus promesas, la inteligencia de las Escrituras, la alianza, el Mesías, la vida eterna, y ve pasar todos estos bienes á las manos de sus enemigos, sin quedarle otra cosa que los terribles castigos que durarán tanto como su impenitencia y ceguedad.

Es bien extraordinario que los gentiles vengan á postrarse reverentes á los piés de aquel mismo á quien condenó su propia nacion como usurpador del título y de la gloria de Mesías. Es muy singular que la ignominia de la cruz no sirviese de obstáculo para adorarla á hombres que no juzgaban los objetos sino por la estimacion de sus sentidos; pero Jesucristo habia predicho que los pueblos vendrian de todas las partes de la tierra á unirse en la fe de Abraham, y era preciso

que á pesar de las apariencias contrarias esto se verificase.

El mismo efecto tuvieron las demas promesas. Los apóstoles no solo no se intimidan con las amenazas, no solo no titubean con los suplicios, sino que se estiman felices cuando se les da parte en las humillaciones de su Maestro. Toda su ambicion era unirse á sus sufrimientos y su cruz para acompañarle en su triunfo; y se muestran invencibles apoyados en su amor y proteccion.

La luz que los alumbraba es igual á la fuerza que los sostiene; sus discursos al pueblo y al supremo consejo de la nacion son monumentos repetidos de la sabiduría celestial que los ilumina. Combaten generosos contra el falso celo de los judíos y gentiles, contra la elocuencia y la filosofía humana que pretende deslumbrar y arrebatarse las opiniones, y no presentan ni tienen otras armas contra ellos que la simplicidad de su predicacion y la locura aparente de la cruz.

¿Pero por quién quedó el campo? ¿Quién obtuvo la gloria del combate? ¿Por quién se decidió la victoria? ¿Quién fué el vencido que se vió forzado al silencio? ¿El apóstol ó el doctor de la ley? ¿Cuál de las dos sabidurías cedió? ¿La que el mundo trataba de locura, ó la que los cristianos llamaban insensata? Que respondian, señor, la conversion del mundo y el establecimiento de la Iglesia. Pero todo esto con ser mucho

no fué sino la menor parte de su triunfo.

Porque cuanto en la tierra era terrible, sabio y poderoso se reunió para defender la idolatría y ahogar á la Iglesia en su cuna. Los príncipes promulgan edictos feroces, los magistrados los ejecutan con rigor bárbaro, millones de víctimas se sacrifican, y rios de sangre corren por todas las ciudades del imperio; ¿pero qué consiguen con esfuerzos tan inhumanos? ¿Qué alcanzan los hombres contra el poder de Jesucristo? ¿Qué pueden las empresas que se oponen á su gloria? El fuerte amado fué vencido y aprisionado por su rey legítimo. El demonio que habia subido á los astros para hacerse adorar, fué arrojado de ellos y precipitado en los abismos. Sus templos fueron cerrados ó destruidos. Sus altares se vieron por tierra. Sus estatuas reducidas á polvo. La idolatría aterrada y vergonzosa huyó del suelo que alucinó tan largo tiempo, y ocultó en las cavernas sus infamias y supersticiones.

Dios no quiso que los apóstoles vieran toda la extension de un espectáculo tan dulce como glorioso; pero la Iglesia que dejaron fundada, y su cedió á su autoridad, fué la heredera de sus promesas, y continuó las conquistas. Nada en sus principios parecia tan despreciable y débil como la sociedad cristiana; pero en poco tiempo se mostró como una alta montaña, y mas floreciente que otra alguna. Todas las naciones vinieron á

arrojarse en su seno como los ríos se arrojan en el mar; todas quisieron ser adoptadas en la familia de Jacob, y reconocer á los patriarcas por sus padres. La Iglesia ve á sus piés sus dos soberbias enemigas, la sinagoga y la idolatría, y sobre las ruinas de ambas se levanta sublime y magestuosa.

Es verdad que la persecucion arrancaba todos los dias del seno de esta casta esposa millares de sus hijos; pero ella se consolaba, porque su Esposo la habia dicho que debia triunfar; multiplicarse y extenderse con el sacrificio de muchos cristianos; y confiaba en la bondad de Jesucristo que no dejaría largo tiempo á sus siervos en el oprobrio y la opresion; esperaba no tardaria el dia de su gloria; el dia en que la cruz saldria de la oscuridad de las cavernas para servir de adorno al solio; el dia en que las cenizas de sus víctimas saldrian de las catacumbas para ser colocadas con honor en los altares en que él mismo renovaria su inefable sacrificio.

En efecto, señor, ántes de mucho estos cuerpos que fueron abandonados á las fieras de la tierra y á los pájaros del cielo, volvieron á parecer con gloria. El pueblo lleno de veneracion los recogia con respeto religioso; y los hijos de sus mismos verdugos se les postraban reverentes, de modo que sus tiranos no hicieron mas que coronarlos. Su muerte fué victoria, la mi-

seria y tormentos que sufrieron, la causa de su gloria actual, y los instrumentos de su suplicio son hoy las palmas que hermocean la pompa de sus triunfos.

Observad, señor, que aquí hay tres puntos indubitables: la certeza de esta mutacion, la magnitud de los obstáculos, y la pequeñez de los medios que la hicieron: y á la vista de estas verdades es natural preguntarse, ¿cómo mutacion tan asombrosa, tan difícil y tan contraria á todos los gustos y á todas las pasiones se ha podido obrar con medios tan débiles, y á pesar de tantos obstáculos? ¿Qué causa secreta y poderosa pudo mudar así la faz del universo? ¿Quién ha podido obligar á los hombres á que abandonen sus ideas sus inclinaciones y su culto para adorar un Dios crucificado por su propia nacion, y adoptar una religion que mortifica tanto á la naturaleza? ¿Qué luz tan alta descubrió de repente á los ignorantes las verdades mas sublimes y los misterios mas profundos? ¿Quién ha inspirado á tantos filósofos orgullosos sumision tan humilde y docilidad tan perfecta? En fin, ¿cómo la cruz de Jesucristo ha sido preferida á las riquezas, á los placeres y á las pompas de la gloria humana?

La incredulidad se atormentará en vano si busca una razon natural de sucesos tan inauditos. No hay mas que un modo de entenderlos y explicarlos, y es que Dios lo habia resuelto en sus

consejos eternos; que él mismo los había anunciado desde el principio del mundo; que Jesucristo los había predicho y era dueño de los corazones; que quiso hacer las cosas mas grandes con los instrumentos mas débiles, por no dar parte de su gloria ni á los hombres ni á los medios humanos; que sus milagros tan estupendos como multiplicados abrieron muchos ojos; que muchos corazones oyendo su voz llena de fuerza y eficacia, reconocieron su Libertador y su Dios, y que los pueblos al reclamo del Pastor Divino vinieron en tropas á entrar en el rebaño de su Iglesia para formar esta familia querida, esta nacion santa prometida al Mesías, que debia ser su heredad y la recompensa de sus humillaciones.

Hasta aquí, señor, no os he representado el edificio de la religion sino por defuera; pero ahora voy á abriros las puertas de su augusto templo: ahora vais á ver que todo lo que hay en él es digno de la grandeza de Dios, y perfectamente proporcionado á quanto el hombre necesita. Es verdad que los primeros objetos que Jesucristo presenta á nuestra vista son misterios incomprendibles que mortifican al orgullo y humillan á la razon; pero despues que nos ha convencido de que él es Dios, ¿le podemos disputar su autoridad? ¿no merece que el hombre añada al sacrificio de su corazon el de su espíritu? El que dió

el ser á la razon ¿no la podrá obligar á que crea lo que no la permite comprender?

¿Dónde estan los títulos, cuáles son los derechos de esta razon tan presumida que quiere sujetar á su exámen hasta los oráculos de Dios? Muy pervertida está por sus pasiones la que sostiene pretension tan absurda. Debiera reflexionar que de la inmensidad del Ser Supremo nacen correlaciones infinitas cuya profundidad es insondable, y que es delirio querer juzgar de su autoridad por nuestra dependencia, y de su luz por nuestras tinieblas; y pues sabe que en Dios todo es verdadero, justo y santo, debe concluir que todo lo que se dignó de revelar, es merecedor de sus adoraciones, aunque exceda la esfera de sus luces.

Que nos digan los que disputan á la soberana verdad esta debida sumision, si la naturaleza no les guarda ningun secreto. ¡Ay señor! á cualquiera parte que volvamos los ojos tropezaremos con objetos de que se nos ha concedido el uso, porque nos era útil; pero que se nos quitó su inteligencia que pudiera excitar la curiosidad mas que la gratitud. ¡Cuántas verdades que son tan indubitables como incomprendibles! ¿cuántos objetos vemos sin que los podamos comprender! Esta luz tan admirable en sus movimientos; ese fluido llamado el aire, tan imperceptible á la vista, y tan activo y terrible en sus fenómenos; este